

Poemas de *Teorema* (Pier Paolo Pasolini)

(traducción al castellano: Andrés Villaveces)

Sed de muerte

Estoy destruido, o al menos transformado
hasta no reconocirme, pues en mí
se ha destruído la ley, que -
hasta este momento -
me había hecho hermano de los demás:
un muchacho normal, por lo menos no anormal,
o anormal como todos... Aún si
(¿es necesario decirlo?) lleno
de todos los errores que mi clase
y mi nivel social en ésta,
lleva en sí- y que aún así el privilegio amaina.
A pesar de esto,
yo, antes de que entrases en mi vida-
a cuestionarla
y a transformarla en un cúmulo de escombros-
era como todos mis compañeros.
Es así, a través de la destrucción de todo lo
que me hacía igual a los demás,
que me convierto
-cosa inaudita e inaceptable- en un DIVERSO.
Esta diversidad se me revela de improviso:
hasta este momento había estado oculta
a la inestable embriaguez que había alcanzado yo
(engañándome, como si pudiera callar
todo para siempre), con tu presencia.
Quien me ha hecho diverso (¡cosa maravillosa!) me ha sido cercano.
Y me ha distraído así con la intensidad y el sabor
inexpresable que su sexo
había dado a mi vida.
El miedo y el ansia de no tenerte más cerca
para satisfacer mi deseo de verte y tocarte
donde me eres cercano, pero más joven y fresco,
como un niño, y más maduro y potente,
como un padre que no sabe cuán divino es
su simple miembro-
es bien distinta de la consciencia
de tener que perderte por tanto tiempo, tal vez por siempre.
Es la consciencia de la pérdida
la que me da la consciencia de mi diversidad.
¿Qué sucederá de esta noche en adelante?

El dolor del adios se cierra
con este sentido trágico de un futuro
que será en compañía de un nuevo Pietro,
completamente distinto de mí.
Y ¿qué responden, en silencio, a todo ésto
tus ojos serios, amigos y oscuramente despiadados
(o ya lejanos)? ¿Es tu intención
tal vez empujarme al camino de la diversidad
hasta el fondo y sin compromisos?

.....
¿Quieres decir que si este amor nació
es inútil volver atrás,
es inútil sentirlo como una pura y simple destrucción?
Que, en cuanto al dolor de la separación,
¿podría yo encontrar a alguien que pudiera reemplazarte,
y recrear en mí aquellos sentimientos
de ridícula ternura y bestial pasividad
nacidos hace tan poco e interrumpidos tan bruscamente?

.....
Y si tu fuiste un padre sin arrugas y sin cabello gris
un padre como era él cuando tenía poco más que mi edad,
¿no podría ser un padre como este
quien te reemplazara? Aún si
esto es inconcebible y espantoso,
o tal vez, ¿justamente por eso?

Identificación del incesto con la realidad

¿No son aquellas cosas que parecen más justas y simples
las que se revelan, en conclusión, como las más oscuras y difíciles?
¿No es la vida misma, en su naturalidad,
la que es misteriosa -y no sus complicaciones?
El adios entre tú, que te vas, y yo, una jovencita
con quien solo después de uno o dos años podrías casarte,
es la cosa más trágica que pueda suceder en el mundo.
Y luego...
Hasta tu llegada yo había vivido
entre personas -excusa la eterna palabra- normales:
yo, en cambio, no lo era; y debía protegerme
(y ser protegida), para esconder
los penosos síntomas de mi enfermedad de clase,
o sea del vacío en el que vivía (siniestra salud).
Esa enfermedad amenazaba permanentemente,
en mí, con salir a la luz,
con desenmascararme a mí y a todo.
La cosa, entonces, la tomaba yo... con humorismo-
como una presunción, como una costumbre aristocrática

para cultivar, florecilla de sierra, en el calor de la casa.
De inmediato (¡piénsalo!) como si se tratase
de una bufa e impertérrita apertura
hacia ideas anárquicas, o un poco subversivas, lugares helados
ciertamente no visitados por ninguna de mis pares...
Tú me hiciste volver a la normalidad.
Me hiciste encontrar la solución justa
(y bendita) para mi alma y para mi sexo.
La presencia milagrosa de tu cuerpo
(que encierra un espíritu demasiado grande)
de joven varón y padre,
disolvió mi salvaje y peligroso
miedo de niña... Pero ya,
en este adiós, no solamente
me vuelvo a precipitar atrás,
sino que retrocedo aún más.
El dolor es causa de una recaída
mucho más grave que el mal
que ha precedido a la breve curación.
Las caricias que me das en silencio,
tal vez para consolarme, tal vez
-con la crueldad de todo acto consecuente,
para hundirme más a fondo y más adentro
en mi dolor- tienen un sentido
absolutamente oscuro.
¿Qué quieres sugerirme y proponerme, misteriosamente?
¿Acaso a alguien que te pueda sustituir?
Y este alguien ¿podría ser alguien
que, como tú, sustituya para mí al padre,
el padre de Pietro, el Primer Padre?
¿Y por qué no de una vez mi padre mismo?
¿Quieres tal vez sugerirme, a través
de terribles y mudas palabras de justicia,
la identificación entre una verdad,
siempre inimaginable e incestuosa,
con toda la entera realidad?

La pérdida de la existencia

El interés de mi marido por su industria
había nacido con él, no se distinguía de él,
formaba una unidad con algo inexpresable
que era su vida con su trabajo.
Si él hubiera nacido campesino,
habría tenido el mismo interés por la tierra
y los arneses que sirven para trabajarla;
si hubiese nacido marinero (hasta hace un siglo)

habría tenido el mismo interés por el mar y la barca.
En fin, él ha trabajado toda la vida
en una gran industria heredada del padre
(su creador) impulsado por un interés... natural.
Como toda época histórica, también la nuestra
ha reconstruido la naturaleza, y por lo tanto la naturalidad.
Como gran burgués de la Alta Italia,
mi marido Paolo ha vivido su naturaleza con naturalidad
(casi exactamente como si su fábrica
fuese como la tierra o el mar).
Su interés por su propio trabajo
y por su propia ganancia (enorme,
y como la definen nuestros enemigos, injusta)
es el mismo que impulsa a actuar en los sueños.
Necesario e indistinto. Total, él
jamás ha tenido un interés objetivo,
puro y cultural por la existencia.
En cuanto a Odetta, son acaso intereses
objetivos, puros y culturales
sus cultos familiares?
De estos tienen, sí, el ingenio,
la intensidad, la carencia de cualquier ganancia:
pero en el fondo son como exorcismos
con respecto a una verdadera religión,
o juegos con respecto a un verdadero trabajo.
Ella se armó moldes de esos intereses,
y con esos moldes se entretiene
(percibiendo sin embargo tal vez su vacío,
y solo registrándolo a través de su angustia).
Pietro, él, estudia: le corresponde tener
así sea tras los muros de nuestro mejor Liceo de la ciudad,
algún interés obligatorio por algo...
En estos días
está leyendo el Banquete... ¿Puede hacerlo
del todo impunemente?
Total, en mi familia, todos vivimos
en la existencia como ésta debe ser;
las ideas a través de las cuales nos juzgamos a nosotros mismos
y a los demás, a los valores y a los eventos,
son, como se dice, un patrimonio común
de todo nuestro mundo social.
Yo, en este sentido, era peor que todos.
Es difícil expresar cómo vivía yo;
cómo, para vivir, me bastaba la naturalidad del vivir;
ocuparme de mi casa, de mis afectos,
¡casi como si fuera una campesina, en su covacha familiar,
que lucha con los dientes y con las uñas por la existencia!
¿Cómo podía vivir en tanto vacío? Sin embargo, ahí vivía.
Y este vacío estaba, sin que yo lo supiera,

llo de convenciones, o sea
de una profunda fealdad moral.
Mi gracia natural (parece) me salvaba:
pero era una gracia que se iba perdiendo.
Como un jardín en un lugar por donde nadie pasa.
Estaba... en mis ojos barbáricos (parece),
en mi boca, en mis pómulos altos y dulces...
en las formas plenas de una delgadez (ay) de adolescente
manierista... y probablemente, sí, estaba también
en mi corazón, tímido, pero capaz de sentimientos.
Aún así, ahí, me marchitaba.
Semejante al envejecer
(a las primeras palideces excesivas, a las primeras
malditas arrugas, aún invisibles). Se habría marchitado
hasta secarse -coincidiendo con el fin
de una vida inútil- si tú no hubieras llegado.
Tú has llenado de un interés puro
y loco, una vida carente de todo interés.
Y has desenredado de su oscuro nudo
todas las ideas erróneas de las que vive una señora burguesa:
las horrendas convenciones, los horrendos humorismos,
los horrendos principios, los horrendos deberes,
las horrendas gracias, la horrenda democraticidad, el horrendo
anticomunismo, el horrendo fascismo,
la horrenda objetividad, la horrenda sonrisa.
Ah, cuántas cosas sé de mí -dirás. Es una consciencia
adquirida por magia- ¡y hablo como en el monólogo
del personaje de una tragedia!
Extraño, mi dolor tiene los acentos
de la naturalidad y de la verdad,
que se tienen normalmente en los momentos mortales de la vida:
no parece oponerse a esta. Tal vez porque aquello
que en mí fue destruido por tu amor
no es nada distinto que mi reputación de burguesa casta...
Sin embargo, mientras me acaricias, comprensivo y despiadado,
me pregunto: ¿A qué me quieres impulsar?
¿A algo que si por un lado puede, de alguna manera,
apaciguarme y consolarme, por otro no puede, en cambio,
sino empujarme cada vez más hacia el precipicio
al que he comenzado a acercarme
al decidir mi adulterio contigo?
¿Quieres decirme, tal vez, muchacho que eres, que es posible
la sustitución de tu cuerpo y de tu alma
por el cuerpo y el alma de un muchacho que se te parezca?
¿Que sus ojos tengan para mí la luz
azulosa de la libido mezclada con la ternura?
¿Y sus grandes manos el peso bruto y venerable
de quien, al acariciar, hace daño sin darse cuenta?
¿Que sea, en fin de cuentas, un hombre que haya crecido bajo mis ojos...

como un hijo... hasta convertirse
en el joven bárbaro que no quiere obstáculos a su montura?
Y ¿por qué, si debe ser, por edad, como mi hijo
(su desnudez el sacrilegio, su erección lo imposible),
por qué no directamente mi hijo?
¿Es esta elección absolutamente extrema -
y ya sin ninguna posibilidad de devolverse -
el único alto que puede salvar una vida
de la carencia de todo interés
y del vacío repleto de valores todos equivocados?
Una vergüenza moral impulsada hasta el punto
de tocar y concederse el muchacho más muchacho de todos,
-el propio hijo convertido en hombre-
¿es el único modo para corregir toda falsa justicia,
y vivir, así sea injustamente, en la verdad?
Pero estas cosas ¿son algo que yo también
solamente puedo imaginar?

La destrucción de la idea del sí

Entonces viniste a esta casa a destruir.
¿Qué cosa destruiste en mí?
Destruiste, sencillamente,
-junto con toda mi vida pasada-
la idea que siempre había tenido de mí mismo.
Si entonces desde hacía mucho tiempo
yo había asumido la forma que debía asumir
y mi figura era, en cierto sentido, perfecta,
ahora, ¿qué me queda?
No veo nada que me pueda reintegrar
a mi identidad. Te miro: no me escuchas
con imparcialidad -pues tú no te divides en trozos-
sino con dedicación -pues tú te das por completo a cada uno.
¿Cómo puede, aún así, tu presencia consoladora
ser tan pura, al punto de manifestar,
casi, una clara voluntad de desapego?
¿De qué sirve consolarme, si tú, queriéndolo,
podrías posponer, incluso tal vez para siempre,
tu partida? En cambio, partirás:
sobre esto no queda la mínima duda.
Tu piedad está pues subordinada
a algún otro misterioso designio.
¿Tal vez quieres decirme (no hablando, sino simplemente
a través del hecho de que eres un muchacho)
que podrías ser sustituido, ahora,
por mi hijo o por mi hija?
Propuesta completamente loca (preordenada,

tal vez, por alguna oscura voluntad mía)
y aún así justa, si, aún si fuera llevada a cabo
(el miembro desnudo de mi hijo, la vulva desnuda de mi hija),
no fuese más que un símbolo: y si, a través suyo,
tú me exhortaras a la perdición más total,
a poner la vida fuera de sí misma,
y mantenerla de una vez por siempre,
fuera del orden y del mañana,
haciendo de todo esto la única normalidad real.
¿Tal vez porque quien te ha amado debe
(como de resto todo hombre -que no lo sabe)
poder reconocer a toda costa la vida,
en todo momento? *Reconocerla*, ¿y no sólo
conocerla, o solo vivirla?
¿Son -dices generosamente, en mi banal lenguaje burgués-
las excepcionalidades más impensables,
más intolerables, más lejanas de la posibilidad
de ser concebidas y directamente nombradas,
las que se presentan como los medios más eficaces
para *reconocer* la vida?
¿Excepcionalidades que, aún así, no pueden
ser más que símbolos
-si en la realidad, como toda cosa real,
están hechas de nada y destinadas a la nada?

Complicidad entre el subproletariado y Dios

Te saludo de última, justo
cinco minutos antes de partir,
que ya las maletas están listas,
y el taxi ya fue pedido.
De última y a prisa: ¿por qué? Tal vez porque
tu pobreza y tu inferioridad social
tienen para mí algún valor?
Y por lo tanto contigo me desgasto menos,
como si tu cuerpo fuera de segunda calidad,
¿y tu espíritu tuviera el parpadeo inquieto,
estúpido, angélico y torpe de una bestia?
No, nada de todo esto.
Te saludo mal, a prisa y de última,
porque sé que tu dolor es inconsolable
y ni siquiera necesita pedir consolación.
Tú vives entera en el presente.
Como los pájaros del cielo y los lirios de los campos,
tú no piensas en el mañana. Por otro lado,
¿alguna vez hablamos? Nunca
intercambiamos palabras, casi como si los otros

tuvieran una consciencia, y tú no.
Por el contrario, evidentemente, también tú,
pobre Emilia, muchacha de bajo costo,
excluída, desposeída del mundo,
una consciencia claro que la tienes.
Una consciencia sin palabras.
Y por consiguiente también sin habladurías.
No tienes un alma bonita, tú. Por todo esto
la rapidez y la carencia de solemnidad
en nuestros saludos, no son sino señal
de una misteriosa complicidad entre nosotros dos.
Ha llegado el taxi...
Tú serás la única en saber, cuando me habré ido,
que no regresaré nunca más, y me buscarás
donde deberás buscarme: no mirarás siquiera
el camino por donde me alejaré y desapareceré,
y que todos los demás, por otro lado, verán, estupefactos,
como por vez primera, llena de un nuevo sentido,
en toda su riqueza y su fealdad,
emerger en la consciencia.

«Sí, es verdad, ¿qué hacen los jóvenes... ?»

Sí, cierto, ¿qué hacen los jóvenes, inteligentes,
de las familias acomodadas, fuera de
hablar de literatura y de pintura?
Tal vez también con amigos de más baja extracción
-un poco más ásperos, ¿pero también más atormentados
por la ambición? Hablar de literatura y pintura,
Sinvergüenzas y tendenciosos, ¿listos a lanzar todo al aire,
comenzando ya a recalentar con sus jóvenes traseros
sillas de cafés ya recalentadas por traseros de herméticos?
O pasear (es decir lapidar las lozas divinas
de la parte antigua de la ciudad, como soldados o putas),
subversivos enfermos de esnobismo burgués,
-así con todas sus sinceridades, sus idealismos,
sus vocaciones de acción: ¿con la sombra, eso sí, dolorosa,
de Esenin o de Simone Weil en el alma?
Pero veamos: tanto si vienen, sudando,
de buhardillas con tristes

cubrelechos quemados por una plancha, o armarios
que costaron pocos miles de liras al padre amado a escondidas
-como si, por el contrario, vienen de casas rodeadas
de la aureola de la riqueza, con costumbres casi celestes,
de domésticos y proveedores- todos los literatos jóvenes
son sudorosos, tienen una palidez de ancianos,
o tal vez de viejos, con su gracia ya desprendida;
tienen una irresistible vocación a comidas pesadas
y a vestimenta de lana, tienden a enfermedades
malolientes -de los dientes o de los intestinos-
cagan mal: son, en fin de cuentas, pequeños burgueses,
como sus hermanos magistrados o sus tíos comerciantes.
Una única gran familia, privada de todo amor.
Llega cada cierto tiempo a esta familia
un Adorable. Pero es raro:
también Él, como los demás, los mierdosos,
invoca (desde el principio del siglo pasado, y,
tras una breve interrupción entre el '45 y el '55,
hasta nuestros días) un Dios exterminador: exterminador
de sí mismo y de su clase social. ¡También lo invoco yo!
Y ya una vez esta invocación fue escuchada.
Jovencitos encorvados en chales Sioux, falsos jóvenes de Turín
Ya calvos con lodens azules, destructores de gramáticas,
Huéspedes castristas que se saltan las comidas en Monza,
Nuevos don Nadies con pieles, que adoran los *Conciertos
Brandemburgueses* como si hubieran descubierto una fórmula
antiburguesa, que les hace lanzar a su alrededor miradas furiosas,
demócratas dulcemente hoscos, persuadidos de que solo
la verdadera demostración destruye a la falsa; anárquicos
rubiecitos, que confunden en su perfecta ingenuidad
la dinamita con su buen semen (caminando,
con grandes guitarras, por calles
falsas como quintas, en manadas sarnosas); Pierinos
universitarios que van a ocupar el Aula Magna
pidiendo el Poder en lugar de renunciar para siempre a él;
guerrilleros con sus guerrilleras al flanco
que han decidido que los Negros son como los Blancos
(pero los Blancos tal vez no como los Negros): todos ellos
no preparan nada distinto del adviento
de un nuevo Dios Exterminador,
marcados, inocentemente, con una esvástica:
sin embargo, ellos serán los primeros en entrar, con verdaderas
enfermedades y verdaderos harapos en la espalda,
en una cámara de gas: ¿no es eso justamente lo que quieren?
¿No quieren la destrucción, la más horrible,
de sí mismos y de la clase social a la cual pertenecen?
Yo, con mi pequeña verga toda piel y pelos,
capaz de hacer, sí, su deber, aunque humillada,
para siempre, por una verga de centauro, pesada y divina,

inmensa y proporcionada, tierna y poderosa;
yo, vagando en las tinieblas del moralismo y el sentimentalismo,
luchando contra ambos, buscando su enajenación
(una moralidad extraña, un sentimiento extrañado,
en lugar de los verdaderos: con inspiraciones simuladas
y por lo tanto mucho más feas que las auténticas,
destinadas al ridículo, por regla burguesa);
yo me encuentro, en fin, dentro de un mecanismo
que siempre ha funcionado de la misma manera.
La Burguesía es lúcida, y adora la razón:
sin embargo, por culpa de su propia mala consciencia,
maniobra para castigarse y destruirse: delega
así a diputados a la propia Destrucción,
sus hijos degenerados, justamente: los cuales
(algunos tontamente conservando
una inútil dignidad burguesa de literatos independientes,
o directamente reaccionarios y serviles, otros por el contrario,
yendo directamente hasta el fondo, y perdiéndose)
obedecen a aquel oscuro mandato.
Y comienzan a invocar al susodicho Dios.
Llega Hitler, y es feliz la Burguesía.
Muere, sacrificada, por sus propias manos.
Se castiga, a manos de un Héroe de verdad, de su propias culpas.
¿De qué hablan los jóvenes de 1968 – con su pelo
barbárico y su ropa eduardiana, su gusto
vagamente militar, que cubre miembros infelices como el mío,
fuera de literatura y pintura? Y esto
¿qué significa fuera de evocar desde el más
oscuro fondo de la pequeña burguesía al Dios
exterminador, que la golpee una vez más
con faltas aún mayores que las acumuladas en el '38?
Sólo nosotros los burgueses sabemos ser pandilleros,
y los jóvenes extremistas, saltando por encima de Marx y vistiéndose
en el mercado de las pulgas, no hacen más que gritar
como generales e ingenieros contra generales e ingenieros.
Es una lucha intestina.
Quien muriese realmente de inanición,
vestido de mujik, sin haber cumplido 16 años,
sería tal vez el único en tener razón.
Los demás se matan los unos a los otros.

«Ah, mis pies descalzos...»

¡Ah, mis pies descalzos, caminando
sobre la arena del desierto!
¡Mis pies descalzos, que me llevan
allí donde hay una única presencia
y a donde no hay nada que me proteja de mirada alguna!
¡Mis pies descalzos
que decidieron un camino
que yo ahora sigo como en una visión
venida de los padres que construyeron,
en el '20, mi mansión de Milán, y de los jóvenes
arquitectos que la completaron en el '60!
Como antes al pueblo de Israel o al apóstol Pablo,
el desierto se me presenta como aquello
que, de la realidad, es solamente indispensable.
O, mejor aún, como la realidad
despojada de todo menos de su esencia
tal como se la representa quien vive y, a veces,
la piensa, aún sin ser filósofo.
No hay en realidad, por aquí, nada
fuera de aquello que es necesario:
la tierra, el cielo y el cuerpo de un hombre.
Por loco, abismal o etéreo que
sea el horizonte oscuro, su línea es UNA:
y cualquier punto suyo es igual a otro punto.
El desierto oscuro que parece refulgir
de tanta dureza azucarada,
y la cavidad del cielo, inconfundiblemente azul,
cambian siempre pero son siempre iguales.
Bien. ¿Y qué decir de mí?
De mí, que estoy donde estaba, y estaba donde estoy,
autómata de una persona real
mandado al desierto a caminar en su lugar?
YO ESTOY REPLETO DE UNA PREGUNTA A LA QUE NO SÉ RESPONDER.
¡Triste resultado, si este desierto lo escogí yo
como el lugar verdadero y real de mi vida!
¿Aquél que buscaba por las calles de Milán
es el mismo que ahora busca por las calles del desierto?
Es verdad: el símbolo de la realidad
tiene algo que no tiene la realidad:
este representa todos sus significados,
sin embargo les agrega -por su misma
naturaleza representativa- un significado nuevo.
Pero -no cierto como para el pueblo de Israel o el apóstol Pablo-
este significado nuevo, me es aún indescifrable.
En el profundo silencio de la evocación sagrada,

me pregunto entonces si, para caminar por el desierto,
*no es necesario haber tenido una vida
ya predestinada al desierto*; y si, entonces,
al vivir en los días de la historia -tan menos bella,
pura y esencial que su representación-
no sea necesario haber sabido responder
a sus infinitas e inútiles preguntas
para poder responder, ahora,
a esta del desierto, única y absoluta.
¡Mísera, prosaica conclusión,
-laica por imposición de una cultura de gente oprimida-
de un asunto comenzado por llevar a Dios!
¿Pero qué prevalecerá? ¿La aridez mundana
de la razón o la religión, despreciable
fecundidad de quien vive dejado atrás por la historia?
Así, mi rostro es dulce y resignado
cuando camino lentamente -
afanado y goteando sudor,
cuando corro-
pleno de un espanto sagrado,
cuando miro a mi alrededor esta unicidad sin fin -
inútilmente preocupado,
cuando observo, bajo mis pies descalzos,
la arena sobre la cual me deslizo o subo.
Justo como en la vida, como en Milán.
¿Pero por qué, de repente, me detengo?
¿Por qué miro fijamente adelante, como si viera algo?
¿Mientras no hay nada nuevo más allá del horizonte oscuro,
que se dibuja infinitamente diverso e igual,
contra el cielo azul de este lugar
imaginado por mi pobre cultura?
¿Por qué, fuera de mi voluntad,
se me contrae el rostro, las venas
del cuello se me inflan,
los ojos se me llenan de una luz de fuego?
¿Y por qué el grito que, después de algunos instantes,
surge furioso de mi garganta,
no agrega nada a la ambigüedad que hasta ahora
ha dominado mi deambular por el desierto?
Es imposible decir que clase de grito
es el mío: es cierto que es terrible
-tanto que me desfigura los rasgos
volviéndolos similares a las fauces de una bestia-
pero también es, de cierta manera, alegre,
tanto que me reduce a ser como un niño.
Es un grito hecho para invocar la atención de alguien
o su ayuda; pero también, tal vez, para insultarlo.
Es un grito que quiere dar a saber,
en este lugar inhabitado, *que existo*,

o bien, que no solamente existo,
sino que sé. Es un grito
en el cual en el fondo del ansia
se oye algún vil acento de esperanza;
o bien un grito de certeza, absolutamente absurda,
dentro del que resuena, pura, la desesperación.
En todo caso esto es cierto: sea lo que sea lo
que quiera significar este grito mío,
está destinado a durar más allá de todo posible fin.

FIN